

cimientos; y, sobre todo, edificaba á los españoles el verle tan atento al bien espiritual de sus feligreses, acudiendo con gran puntualidad á todas horas, de noche y de día, con serenos y soles fortísimos, á confesar enfermos, consolando á los tristes, aliviando á los afligidos y usando de todos los medios para reducirlos á las leyes de Dios y de la virtud.

Fué singular la devocion que tuvo este siervo de Dios al Santísimo Sacramento y sacrosanto misterio de la Misa, la cual celebraba todos los días, aunque fuese caminando, en que jamas se acordaba de haber hecho falta, porque prevenia los impedimentos que podian ofrecerse á esta su cordial devocion.

Cuando fué á Roma por Procurador, era su mayor cuidado el disponer la jornada y paraje donde tuviese comodidad para gozar de este celestial viático, y el privarse de él en la navegacion (que en aquel tiempo no estaba tan introducido como en el presente) esa era su mayor pena y trabajo, é hizo muchas diligencias para celebrar en el navío, pidiendo pareceres á hombres doctos cuando hubo de volver á Nueva España; y aunque tuvo grandes contradicciones, al fin salió con su intento, siendo el primero que en la carrera de las Indias occidentales introdujo el santo sacrificio de la Misa. Si por impedido de la gota no la decia, se hacia llevar á la iglesia, y la oia, comulgando en ella con gran devocion.

Cuando la enfermedad le obligó á quedar en la cama, alcanzó de los Superiores un aposento, cuya ventana caia á la iglesia, y desde ella oia Misa con gran consuelo de su espíritu, aunque cargado de dolores. Y cuando celebraba, era preparándose con particular oracion, fuera de la ordinaria, confesándose todos los días, y despues asistiendo á todas las Misas de que podia gozar.

La última Cuaresma de su vida, viendo el Superior cuán quebrantado estaba de la salud y falto de fuerzas por los muchos años de su edad, le pidió se quedase á descansar en el colegio de la villa de Cinaloa, y no fuese á su partido, pues tenia en él otro Padre compañero que supliria la falta que podia hacer su ausencia. El Padre, si bien agradeció la oferta de caridad, con todo esto pidió licencia para volver á su doctrina y ocupacion santa que le tiraba; y con tan nuevos fervores predicaba y confesaba, que decia despues que jamas habia sentido aliento y deseos de ayudar á las almas como desde aquella Cuaresma; y parece, que cuando era tiempo de hacer punto, hizo mayor raya.

Mas, como la naturaleza estaba tan gastada, hubo de ceder el deseo á la flaqueza, porque pocos días despues le derribó en la cama la enfermedad, y por la mayor comodidad le llevaron á su colegio. Conocióse ser mortal el accidente, confesóse generalmente como lo habia hecho otras veces.

Siete años habia que con particular cuidado se aparejaba para morir, aunque siempre le acompañó ese cuidado, y viendo que ya se acercaba aquel punto en que habia de pasar á la eternidad, dijo al Padre Rector, presentes otros Padres: «Doy á Dios muchas gracias por la merced que me hace de llevarme ahora que no me halla la muerte descuidado: hago lo que puedo de mis ejercicios, y gózome que me dió esta enfermedad, predicando á mis indios.»

Ibase aumentando el mal, y todos lloraban tiernamente su ausencia, porque muriendo el Padre, faltaba la principal columna que sustentaba aquellas misiones, que como Padre las habia amado, como Prelado gobernado y como santo con sus ejemplos edificado, aunque no se olvidó Dios de darles despues otros ilustres ministros, que por ayudarlas derramaron su sangre.

Llegósele, en fin, la hora de su muerte al V. P. Hernando de Villafañe, habiendo recibido los santos Sacramentos, que fué con grande quietud y sosiego como habia vivido.

Escribió la vida de este siervo de Dios el P. Andrés Perez, en su *Historia de los Triunfos de la Fe*, lib. 5.º, cap. XXIII: no dice el mes ni año en que murió; tiénese por cierto que seria por el mismo tiempo que el H. Francisco de Castro, y por esto se pone consiguiente á él.

P. ANDRADE.

---

## P. HERNANDO DE TOBAR

---

EL siervo de Dios P. Hernando de Tobar fué natural de Ceilan, en la Nueva Galicia, provincia de Méjico. Era este santo varon hijo de padres nobles, y así de un aspecto señorial y grave, aunque muy apacible y acompañado de una religiosa humildad y modestia.

Desde niño fué muy aplicado á las cosas de virtud y aficionado á la Compañía, cuando aún apenas era conocida en aquellas partes de la Nueva España. Al primero que vió de la Compañía, que fué el santo protomártir de Méjico, el P. Gonzalo de Tapia, lo acompañaba al púlpito y en todos los demas ministerios con grande devocion y gusto, no teniendo aún doce años cumplidos, cuando parece se imponia en aquella tierna edad para las misiones apostólicas que andando el tiempo siendo de la Compañía habia de hacer.

Despues á todos los de la Compañía que venian á casa de sus padres,

como á una hospedería comun, por ser su madre matrona de no ménos valor, piedad y virtud, que nobleza; el santo mozo les acompañaba y regalaba; y así, recogíendose un día á su casa el P. Hernando de Santaren, misionero apostólico de aquella provincia, á curarse de una enfermedad grave; no consintió que otra persona sino él le acudiese á su servicio y regalo, llevándole con gran diligencia y caridad la comida y medicinas, y haciendo todos los demas oficios de bueno, y cuidadoso, y áun de religioso enfermero.

Cuando sucedió el glorioso martirio del santo P. Gonzalo de Tapia, un Padre de la Compañía que llevaba la cabeza del mártir á la ciudad de Méjico, pasó de camino por casa del virtuoso mancebo Fernando de Tobar, y deseando su madre hacer algun servicio al mártir conforme á su devocion, trató de acomodar su santa cabeza en un cofrecito rico, en que ella tenia sus joyas. Pareciendo ser algo pequeño, el niño dijo á su madre que aquel cofre era pequeño para cabeza de tan grande santo como el P. Tapia, y así que le aderezase otro mayor, y aquel lo guardase para él, que tambien habia de morir mártir por Cristo. No se reparó mucho entónces en el dicho, aunque su vida virtuosa bien prometia tan alto fin; pero despues el glorioso suceso mostró que no fueron vanos los prenuncios del niño, sino profecía verdadera de lo que habia de suceder. Con tanta devocion y servicios hechos á la Compañía, no paró hasta hacerse uno de ella.

Salió en la religion varon aventajado en todo género de virtudes, por las cuales los que le trataban más le estimaban, y solian con admiracion decir de él personas muy graves: «El P. Hernando, gran cosa, gran cosa, y cada día será mayor, segun la diligencia que pone.»

Tenia muchas devociones y muy tiernas con los santos y singularmente con la Virgen María nuestra Señora, rezándola de ordinario su Oficio, el rosario y las letanías, y haciendo muchos ayunos y penitencias con grande tesson, en honra de esta Señora, y con su favor é imitacion conservó siempre grande recato y circunspeccion en su trato y modo de proceder con grande pureza de alma y cuerpo.

No se sintió en él olor de vanidad ó presuncion propia: con ser sus deudos de los más principales de Nueva España, jamas se le oyó palabra, ni descubrió resabio de estimacion de su sangre, ni ménos de alabanza de sus buenos talentos. Teniéndole muy aventajado en materia de púlpito, en lo cual, aunque mozo, mostraba mucho espíritu y doctrina sólida, y cogia mucho fruto de los oyentes; nunca se le conoció inclinacion ni muestras de querer puesto adonde ejercitarlo, ántes con grande desengaño y edificacion de todos, se aplicó á misiones y trato de indios; acudiales con grande cuidado, grande gusto y consuelo de su ánima.

Era muy despegado de carne y sangre, y así varias veces que entendió que su madre hacia instancia para que le llevasen á la ciudad de Méjico, adonde ella se habia recogido á un monasterio, previno á los Superiores pidiéndoles encarecidamente que le gobernasen sólo á mayor gloria de nuestro Señor, sin dependencia de seglares y personas que le tocasen, y este fuese el norte con que dispusiese de él la obediencia en todas las cosas; y habiéndole enviado órden que en todo caso viniese á Méjico, asegurándole que no era por instancia de los suyos, sino por ser menester allí su industria y trabajo, todavia dilató la ejecucion todo lo que pudo, salva la obediencia, hasta cuando nuestro Señor tenia dispuesto que, partiendo para Méjico, fuese por el martirio á parar en la bienaventuranza.

Porque saliendo de la mision de los indios tepeguanes de S. Andrés, en la Nueva Vizcaya, adonde habia trabajado mucho con fruto igual á sus trabajos; cuando pasaba cerca del pueblo de Sta. Catalina, encontró los indios tepeguanes levantados por instigacion de Satanás, que revestido en un indio viejo, hechicero, apóstata de nuestra santa fe, les persuadió que él era dios de la tierra é hijo del sol, dios del cielo, con otros semejantes dislates, y que él y su padre estaban muy enojados con los indios por haber dejado su antigua religion y tomado la ley evangélica, de la cual él los queria librar y volverlos á las antiguas idolatrías, colmándolos de grandes bienes; y de hecho con sus embustes los hacia idolatrar, pero añadía, que para satisfaccion de su yerro y para desenojar á sus dioses, fuera de dejar la ley recibida y volverse á la antigua de sus pasados, era necesario pasar á cuchillo todos los antiguos cristianos de su tierra, especialmente á los Sacerdotes que los doctrinaban; y donde no, serian de él y de su padre castigados severamente con enfermedades, pestilencias, hambres y otras muchas y grandes calamidades.

Con estos y otros muchos engaños y embustes del demonio, engañados aquellos pobres indios, se resolvieron en matar á los cristianos antiguos y en primer lugar á los Padres de la Compañía que pudiesen hallar. Y así, habiéndoles venido á las manos el santo P. Tobar, muy seguro é ignorante de la mudanza que el demonio habia causado, no perdieron la ocasion de ejecutar sus perversos intentos.

Al principio lo recibieron con muestras de alegría y amor, y lo hospedaron y dieron de comer, recibiendo en retorno santos consejos y amonestaciones saludables: en partiéndose de ellos y volviéndoles las espaldas, instigados del mal espíritu que ya les habia tomado el corazon, le comenzaron á flechar, y prendiéndolo decian: «Veamos este que es santo, cómo lo resucita su Dios; que piensan estos, que no hay sino enseñar Padre nuestro, que estás en los cielos y Ave María, etc.»

El Padre con grande ánimo y con espíritu libre, aunque en cuerpo preso, les comenzó á predicar las verdades católicas de nuestra santa fe; mas estando haciendo este oficio por un rato, procurando ablandar aquellos pechos duros y obstinados, uno de los gentiles, despues de haberle dado un recio golpe en la cabeza, le atravesó de parte á parte el suyo con una lanza, abriendo puerta por donde aquella santa alma volase á las moradas eternas, la primera de una lucida escuadra de mártires que despues mataron, dándola en manos de su Señor, á quien tierna y afectuosamente llamó muchas veces en aquel paso dichoso, invocando el dulcísimo nombre de Jesus.

Despojáronle ántes de espirar de todos sus vestidos bañados en sangre, los cuales daba de buena gana el verdadero discípulo de Cristo, por ser más semejante en la muerte á su Señor y Maestro, á quien perfectamente habia imitado en vida.

Acudieron despues de algun tiempo los fieles á buscar el santo cuerpo del P. Fernando de Tobar en el lugar de su martirio, pero no hallaron de todo él más de una canilla; entendióse que los indios acajes, que son amigos de carne humana, y andaban en compañía de los apóstatas rebelados, se lo habian comido con inhumanidad bárbara, para que no sólo padeciese este santo varon en vida, sino tambien en muerte, de la manera que ser podia, y el Señor tuviese más que honrar á su siervo, como lo hizo aún acá despues de su muerte.

Ocho dias despues de ella testificó el P. Francisco de Arista, Superior que entónces era de aquellas misiones, que se le apareció en sueños el P. Hernando de Tobar con rostro difunto. Dióle mucho cuidado y sobresalto al Padre Arista; y, con deseo de saber del estado de su alma, le preguntó: «¿Qué es esto, P. Hernando, dónde está?» El bendito Padre, mostrando de repente el semblante mudado, muy alegre y resplandeciente, respondió: «En el cielo estoy, P. Francisco de Arista, donde lo tengo todo,» y con esto desapareció la vision, quedando el Padre bañado en devocion y consuelo.

Tambien testificó el P. Dr. Pedro de Hortigosa, Catedrático de Prima de Teología en nuestro colegio de Méjico, que habia criado al P. Hernando de Tobar, y sido su maestro con particular aficion y grande estima de su singular virtud y modestia, que despues de haber venido la nueva de la muerte de ocho Padres, en sueños se le representó una nubecica, y en ella muchas palomas, que no contó cuántas eran, las cuales venian volando de la parte del poniente hácia él. Tuvo grande deseo de que se le viniesen á la mano, y ellas apriesa se asentaron sobre sus brazos muy mansas, halagándole y diciéndole: «Alabemos al comun Señor.» Y despues de haber estado un rato causándole grande gusto, la que iba delante le mostró un rostro muy hermoso, en que

reconoció al P. Hernando de Tobar. Llegóse como á dar paz al Padre, y en esto lo dejaron muy consolado y alegre, persuadido con grande firmeza, que aquella era representacion de las almas santas de los ocho Padres mártires, aunque sólo reconoció al primero de todos, el P. Hernando de Tobar, el cual murió de solos treinta y cinco años de edad, y el dia de su santa corona fué á 16 de noviembre del año de 1616.

P. NIEREMBERG.

---

#### PP. DIEGO DE OROZCO Y BERNARDO DE CISNEROS

---

Dos dias despues de la gloriosa muerte del bendito P. Hernando de Tobar, llegó la misma conjuracion y alzamiento de los indios tepeguanes, por instigacion del demonio, que los movia á la idolatría y adoracion de los falsos dioses y destruccion del Evangelio y de los Padres que lo enseñaban, derribando iglesias y rompiendo imágenes y ornamentos sagrados, al pueblo de Santiago Papasquiario en la Nueva Vizcaya, provincia de Méjico.

Residian en aquella provincia doctrinando y enseñando á los indios con mucho cuidado y trabajo el P. Diego de Orozco y el P. Bernardo de Cisneros, á los cuales juntamente quitaron la vida los bárbaros, en odio y aborrecimiento de la fe y doctrina que enseñaban.

Fué el P. Diego de Orozco español de nacion, natural de la ciudad de Placencia en Extremadura, hijo del Dr. Antonio de Orozco, regidor de aquella ciudad y abogado de los Consejos y de D.<sup>a</sup> Isabel de Toro, sobrino del Maestre de campo Rodrigo de Orozco, Marqués de Mortara, Gobernador de Alejandría de la Palla.

Entró en la Compañía en el colegio de Salamanca, á los quince años de su edad, y á los veinte y ocho le sucedió la dichosa muerte, para la cual se dispuso luego que entró en religion, deseando pasar la vida entre gentiles, para ganar almas á Dios y alcanzar para sí la corona del martirio, del cual trataba muchas veces con grande gusto, alentando la esperanza de tan grande bien.

Fué tanta la instancia que hizo el P. Orozco para entrar en esta empresa, que, no obstante su poca edad y ménos salud y la grande resistencia de mu-